

**Juegos populares
con los que
todos hemos
disfrutado en la calle
y que ahora
podemos recuperar
en la escuela**

En el fondo del mar... materile, rile, rile

Leticia Dotras

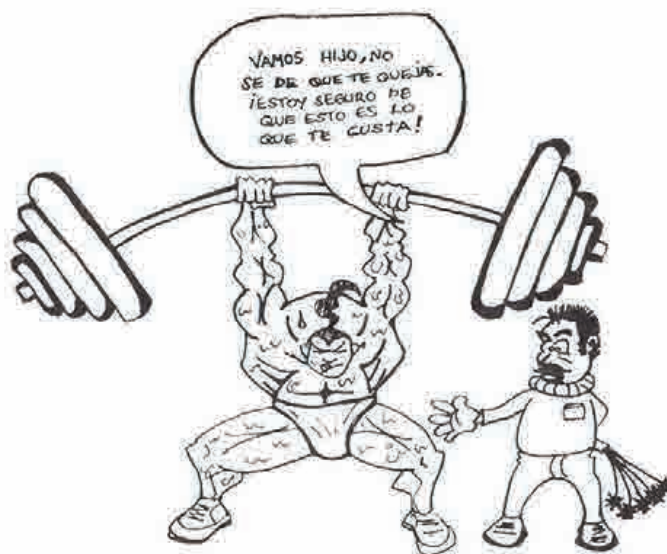
Desde el momento en que nuestros hijos pueden sostener entre sus manos una raqueta de tenis, calzar unas botas de fútbol o bien mantenerse sobre unos patines, los padres solemos emprender una "carrera contra-reloj" para conseguir a toda costa que hagan "su deporte favorito". Lo cierto es que, en no pocas ocasiones, caemos en la cuenta de que ese "deporte favorito" es más aquel que nos hubiera gustado haber practicado al padre o a la madre que una elección personal de ellos. Hacemos "laboriosos equilibrios" para conseguir encajar los horarios escolares y laborales con el mencionado "deporte favorito" que nuestros hijos han de practicar y no dudamos en realizar verdaderos "maratones" para conseguirlo.

Desde luego que es muy importante fomentar el ejercicio físico y favorecer su comunicación con los demás pero no debemos olvidar las particularidades de cada niño o niña. Es importante escuchar sus preferencias ("Pero, ¡que manía le ha dado por aprender baile popular si tú, con esa estatura, lo que tienes que practicar es el baloncesto! Todas las personas altas juegan al baloncesto"). Procurar no forzarles en actividades que no les motivan ("Mi padre se ha empeñado en que juegue al tenis porque a él siempre se le dio muy bien pero, lo que es a mí, me resulta bastante rollazo"). No utilizar el deporte como fórmula para mantenerlos controlados ("Así sé siempre dónde están, los tengo totalmente controlados"). Es conveniente que los padres se impliquen y se comprometan con las actividades elegidas valorando así el esfuerzo que hacen los hijos ("La verdad,

es que los partidos infantiles no son de Primera División pero da gusto ver cómo juegan, cómo luchan por hacerlo bien y la buena armonía que hay entre todos los compañeros del equipo").

Si jugamos también hacemos ejercicio

Algo que tiene que ver con el ejercicio físico y por tanto con la educación de nuestro cuerpo son ciertos tipos de juegos que podemos practicar. Juegos de antes, juegos de siempre que, ahora, podemos recuperar. Está claro que los chicos y chicas necesitan jugar. El juego forma parte de los actos más cotidianos y habituales en sus vidas. En las primeras edades tiene un valor añadido al estar fuertemente relacionado, como otros aprendizajes, con el mundo de los afectos. El juego es recreación, pasatiempo y su fin reside en sí mismo. Es una actividad física gratuita que se hace por placer.



A medida que el niño crece las formas de juego evolucionan; del juego solitario se pasa a otro con sus compañeros en la edad de preescolar para llegar a lo que sería un esbozo del juego de sociedad.

Para que el juego tenga éxito y aporte un placer verdadero a los participantes se necesita una mínima organización. Así los niños van descubriendo qué es una regla, cómo establecerlas antes de empezar a jugar, qué es ganar, cómo organizar los equipos y cómo echar a suertes. Aprenden a relacionarse, a cooperar con los demás y a respetar unas normas.

En el currículo de Educación Física existe un bloque de contenidos dedicados a los juegos en el que se pretende organizar la práctica de éste para trabajar en los niveles afectivo, cognitivo y psicomotor. Todos estos contenidos los podemos encontrar en esos juegos populares con los que todos hemos disfrutado en la calle y que ahora se pueden recuperar en la escuela.



Buscando en el baúl de los recuerdos

Y ya que hablamos de ejercicio, podemos intentar dar con nuestra mente una "voltereta en el aire" y regresar a nuestra infancia para recuperar nuestros juegos, como cuando todos cogidos de la mano nos divertíamos con lo de *a atrancar la calle*, que *no pase nadie*. Porque la calle era nuestro lugar de juego y buscábamos afanosamente *las llaves*, *materile rile rile* mientras en dos filas paralelas nos desplazábamos hacia delante o hacia atrás. Claro que, a veces, las filas se convertían en corros que giraban de un lado a otro y pedíamos ser *tan altos como la luna*, estábamos *cajitos de un ple*, cantábamos la historia de *Mambrú* que se había ido a la guerra o salíamos al centro del corro porque éramos *el/la jardinero/a escogido/a*.

Sabíamos quedarnos muy quietos, en una décima de segundo, cuando el que contaba daba unos golpes contra la pared y volvía la cabeza mientras decía *una, dos y tres: escondite inglés*. Y también teníamos una gran habilidad para cambiar de lugar sin que nos lo ocupara el que "pandaba" cuando guardábamos *las cuatro esquinas*.

En otras ocasiones (cuando éramos muchos) la diversión era hacer los bandos de *policías y ladrones*, *el escondite*, *el pañuelo* y *la gallinita ciega*. En todos estos juegos era importante saber correr muy bien. Pero antes teníamos que echar a suertes para elegir los equipos o saber quién se quedaba en "la panda". Aquello tenía sus fórmulas rítmicas o retahilas, poniendo en marcha ritmos de los que, a veces, no conocíamos ni siquiera su significado porque sencillamente no lo tenían. Y para andar al ritmo del valvén está el *pasimisi* que consistía en formar un tren agarrados a la cintura del de delante y que pasaba por un túnel formado por dos que eran los capitanes de cada equipo.

Además están esos juegos en los que se necesita un instrumento para lanzar siempre con mucha precisión, como una vieja tapa de un zapato para la *marola*, la *rayuela* o el *avión*. Están las *canicas*, las *chapas*, las *tabas*.

Tener un balón, que entonces era todo un lujo, para formar dos equipos al *oro plata* y jugar a *balón prisionero* o a *pies quietos*.

Y no "pierdan ustedes comba", salten a la *comba* al ritmo de una canción bien con un simple balanceo como *soy la reina de los mares*, bien al "doble" o tirón para conocer cuál es tu vocación o bien con un ejercicio más complicado como es saltar y agacharse al ritmo del *cocherito leré*.

Ahora está en boga el *diábolo* y tropiezas con niños y jóvenes que hacen verdaderas maravillas dignas de un malabarista circense. Y el *yoyo*, los *zancos*, la *peonza*. Juegos, todos ellos, que antes tenían género masculino o femenino (a ningún niño se le ocurría jugar a las *tabas* y ninguna niña ballaba la *peonza*) pero ahora juegan a todo tanto unos como otras.

Todos ellos juegos de antes y, por qué no, de ahora, con un alto valor educativo: con ellos se adquiere conciencia de la importancia de poner en común ideas y esfuerzos y al mismo tiempo educan el cuerpo en la precisión, la destreza y la motricidad (el salto con una sola pierna o con las dos, la carrera, el saber detenerse en el momento de una orden, habilidad manual), el ritmo, etc.

Para saber más

AGUADO, X / FERNÁNDEZ, A., *Unidades didácticas para Primaria II. Los nuevos juegos de siempre*, INDE, Barcelona, 1992.

JARES, X., *El placer de jugar juntos*, CCS, Madrid, 1992.

GARCÍA BLANCO, T., *Para jugar como jugábamos*, Diputación de Salamanca, Salamanca, 1991.